



“No es esto, no es esto –dijo de la República don José Ortega y Gasset–. El señor Sánchez Román también encuentra que no es esto. Nada de socialismo. Nada tampoco de derechas triunfantes en las elecciones. No es eso, no es eso, nos dice, con su característica frialdad de técnico, el señor Sánchez Román...”

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera

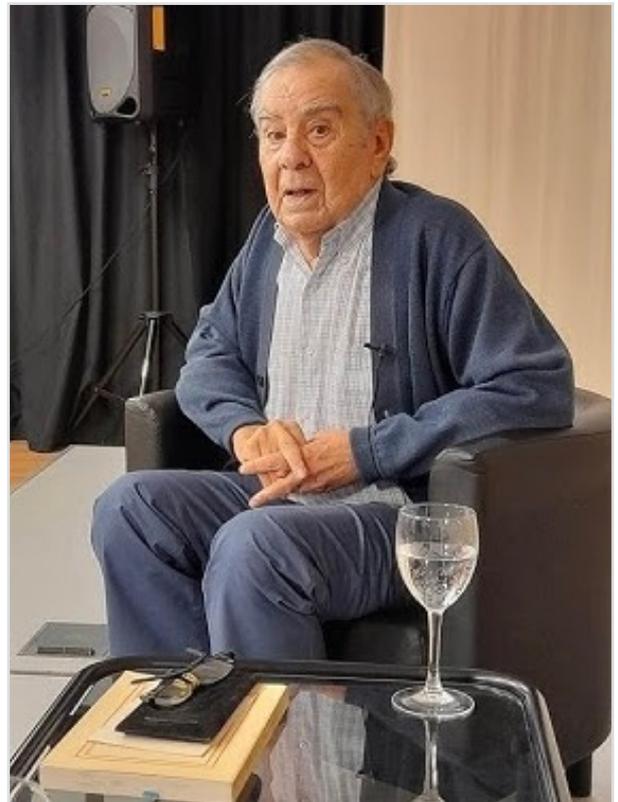
nº 379 (2ª Época). Abril 2024

1. **Yo tenía un camarada...** *Manuel Parra Celaya*
2. **Joseantonianos de derechas.** *Carlos León Roch*
3. **Crónica del 90 aniversario de la fusión de Falange Española con las JONS.**
La Falange
4. **Militante de (poca) fortuna.** *Miguel Ángel Vazquez*
5. **España se suicidó en Europa...y en la OTAN.** *José Ignacio Moreno Gómez*
6. **Pilar Careaga, alcaldesa de Bilbao.** *Iker Rioja Andueza.*
7. **Una tarde con Teresa en el Mindanao.** *Gustavo Morales*
8. **¿Por qué la ultraderecha española no es nazi? José Antonio tiene la respuesta.** *Julio Martín Alarcón*
9. **Fragmentos de una primavera.** *Carlos Caballero Jurado*
10. **Aleluyas a la Resurrección del Señor.** *Rafael Sánchez Mazas*

Que se llamaba (o, mejor, se llama, porque su recuerdo quedará siempre presente) José María García de Tuñón Aza; ovetense orgulloso de su tierra, aunque -todo hay que decirlo- prefería el templado Mediterráneo al frío y arisco Cantábrico para la práctica de su deporte preferido, la natación.

Nacido en 1936, siempre hacía constar que su padre había sido uno de los fundadores de la Falange en Asturias; quizás por este mensaje genético, nuestro José María jamás abdicó de las creencias, ideas y valores de José Antonio Primo de Rivera, el cual había estudiado a conciencia; se había integrado, así, en las tareas de la Fundación José Antonio, cuya presidencia ocupó durante largos años.

Tras una vida profesional en la empresa privada, comenzó una ingente labor como periodista, articulista, investigador y escritor; tengo reseñados hasta trece excelentes obras que uno, como profesor ya jubilado, considera que deberían figurar como fuentes ineludibles en el currículo de todos los estudiantes enamorados de España como quehacer, promesa y vocación. De momento. Muchas de ellas figuran en un lugar destacado en mi biblioteca particular, con su dedicatoria en la primera página. Desde aquel “José Antonio y la República”, en 1985, hasta “Las letras silenciadas”, en 2020, todos sus libros son un acopio de erudición y de interés, y confío en que serán reeditados alguna vez.



Como articulista, dirigió y colaboró en numerosos periódicos y, más recientemente, en páginas web de signo inequívocamente azul; apasionado polemista, lo mismo debatía, en pie de igualdad, con señeros historiadores, que se enfrascaba en polémicas -siempre acabadas en amistad y comprensión- con sus camaradas, que

dirigía cartas a un párroco que había retirado motu proprio una Cruz de los Caídos, me imagino que por contemporizar con la corrección política.

Me cupo el honor de conocerlo personalmente y tratarlo en numerosas ocasiones: bajo la Cruz del Valle de los Caídos; en congresos, propuestas de manifiestos y seminarios; en interminables conversaciones en la población de Sitges, cuando veraneaba con su esposa en nuestra costa; en Covadonga, donde nos hizo de guía a un grupo de veteranos catalanes; en su Oviedo, a punto de iniciar con mi esposa el Camino Primitivo... Y fue en la capital asturiana cuando, el verano pasado, lo vi por última vez y compartimos, cómo no, preocupaciones y ocupaciones sobre nuestra España. En las llamadas telefónicas, siempre nos preguntábamos mutuamente por nuestros hijos y nietos, orgullosos ambos de esa descendencia que es trascendencia, según decía nuestro común camarada y amigo el gran Enrique de Aguinaga.

Me solicitó que le escribiera el prólogo de su último libro, y allí puse, entre otras cosas merecidas, que mucho lo debemos los joseantonianos a José María; así es, por su intensa labor de investigación en bibliotecas y hemerotecas para escudriñar datos de nuestra particular historia y de toda la historia de España, esas que hoy son olvidadas tergiversadas o silenciadas por la censura invisible que constantemente planea sobre todos nosotros, sobre todo, sobre quienes osan disentir de las versiones oficiales. No podían faltar, claro está, sus investigaciones sobre los martirologios ovetenses de 1934 y 1936, tan desapercibidos para las nuevas generaciones.

Finalizaba yo ese prólogo emulando al buen Gonzalo de Berceo, en solicitud de un vaso de buen vino compartido por el asturiano y este catalán, solo que, atendiendo a las raíces de José María, lo trocaba por una sidriña bien escanciada en algún figón ovetense.

No ha podido ser, y José M.^a me ha fallado esta vez, pues ha fallecido este 20 de marzo de 2024, a sus ochenta y ocho años, quejándose continuamente de su cojera por una operación de cadera que no salió como esperaba. La invitación quedará demorada hasta que nos reencontremos algún día en los Luceros, ante la mirada benévola del Buen Padre Dios, que ya lo habrá acogido en el Paraíso.

Porque, querido José María, como decía nuestro común admirado poeta Miguel Hernández -que, si bien militante en un capo adversario, compartía con nosotros el anhelo por la belleza y por una España mejor-, todavía tenemos que hablar de muchas cosas, compañero del alma, compañero. Compañero en la tarea española y camarada, entre todos el mejor.

Carlos León Roch

Verdaderamente, siempre los ha habido y los hay. Porque la gran mayoría de los que, aquel 29 de octubre de 1933 asistieron al mitin en el teatro de la Comedia de Madrid, eran gentes de derechas, estudiantes (contrarios a la FUE), militares partidarios de su padre D.Miguel, el Dictador, y gentes decepcionadas con la CEDA o con Renovación. Y las generaciones posteriores a la guerra, fascinados por aquellos mensajes...” Escuetamente gracias, como corresponde al laconismo militar de nuestro estilo”. “Frente a la poesía que destruye, la poesía que promete”. Y el orteguiano “Amamos a España porque no nos gusta”. O el estremecedor testimonio de su testamento; ”Ojalá sea la mía la última sangre española que se vierta en discordias civiles... Y también entonces, la mayoría éramos falangistas de clases medias, muchos recuperados del proletariado...Y solo después, en la austera quietud de la paz pasamos las páginas del discurso de la Comedia, de la gaita y la lira o del Testamento, para descubrir los discursos del cine Europa donde proclama que “no somos ni de izquierdas ni de derechas” donde reprocha a la izquierda , no por sus justas exigencias sino por no mencionar las nacionalizaciones del campo ni del crédito bancario y donde acusa a las derechas de estar solo con el miedo, el terror a las izquierdas y no a una ”Unidad de Destino...” a un proyecto sugestivo de vida en común”...

¿Y ahora, en el 2024..?.

Aún hay muchos “políticos de partido” de origen joseantoniano que pueblan los partidos de derecha e, incluso, de extrema derecha. Y a veces alardean de ello, como una especie de señuelo ofrecida a nosotros, ”los otros” joseantonianos; los que mantenemos la “visión binocular” y –con toda veneración– podemos ”contradecir positivamente ”al propio José Antonio al afirmar que ”somos de derechas y que somos, simultáneamente de izquierdas, porque recogemos de ambas visiones parciales- “tuertas”- los anhelos legítimos, los que enarbolamos con nuestro lema “Patria, Pan, Justicia”.

Todavía, el parcial mito del José Antonio poético ,el de los Luceros, el Arquetipo, es esgrimido por conocidos escritores joseantonianos, que,”sottovoce” proclaman el “voto útil” a esos partidos de derechas.

Pues, para algunos, va a ser que no.



Día 2 de marzo de 2024, al fin encontramos un espacio para poder celebrar el 90 aniversario de la fundación de Falange Española. No pudo ser el 29 de Octubre, cuando se celebró el mitin en el Teatro de la Comedia, pero sí lo hemos hecho en fecha cercana a la de la unificación de Falange con las J.O.N.S., 4 de Marzo, no menos importante y de la que también se cumplían 90

Pues, aunque muchos no se lo crean, hemos llegado hasta aquí, inasequibles al desaliento, fieles a nuestra doctrina, fieles a nuestros ideales, sin ayudas,... aquí estamos orgullosos de los que somos y sentimos, orgullosos de los que nos precedieron, orgullosos de salir a las calles a defender a España, nuestra Patria, porque no nos gusta.

En primer lugar, agradecer a Cristina y Josué su labor como presentadores. No es fácil brindarse para colaborar en una celebración falangista y ellos lo hicieron y, además, como dos buenos profesionales que son, maravillosamente. Mil gracias a los dos.



Agradecer también a todos aquellos camaradas que han contribuido, en diferentes funciones, a que un acto tan importante como éste haya sido un éxito. Pero pasemos a la crónica del acto en sí.

Llegados de muchas partes de España y de Europa: Francia, Italia, Portugal, el teatro Goya se llenó de camisetas azules, de abrazos y saludos de camaradas que se reencontraban, en ocasiones después de mucho tiempo.

Comenzó el acto con el canto de un himno falangista, que conmemoraba la fecha del 4 de marzo, por el coro San Fernando, que ha sido el responsable, durante años de grabar himnos y canciones de toda nuestra andadura, labor más que encomiable, para que no cayeran en el olvido, algunos de los cuales se entonaron a lo largo del acto

coreados por todos los asistentes: Prietas las Filas, Himno de la División Azul, Himno del Trabajo, Falangista soy,...

Comenzó entonces la entrega de placas de agradecimiento a Asociaciones, Hermandades, camaradas,... que han contribuido durante estos 90 años para que Falange haya seguido viva y haya perdurado en el tiempo. Cada entrega iba precedida por un magnífico vídeo, obra de nuestro camarada Carlos, que resumía la labor realizada por persona, asociación o hermandad o que recordaba a los que nos precedieron y que forman la guardia en los luceros. Frente de Juventudes, SEU, Hermandad de la Vieja Guardia, Hermandad de la División Azul, descendientes de los fundadores. Auxilio Social. Hermandad de Defensores de Oviedo, Hermandad de Nuestra Señora de los Mártires y Caídos de Paracuellos del Jarama, Camposanto de los Mártires de Aravaca, concejales en ayuntamientos, Coro San Fernando, todos ellos agradecieron el reconocimiento a su labor durante años.

Llegó el momento de los discursos de los Jefes Nacionales de La Falange y de F.E de las J.O.N.S. Analizaron el trágico momento que atraviesa nuestra Patria y que lleva atravesando desde la implantación del nefasto régimen del 78, desde la llegada de la democracia y la constitución. Una vez terminadas sus intervenciones se pasó a entonar nuestro himno, el «Cara al Sol».

No queremos dejar de agradecer a la Sexta, aprovechando que, en su telediario, de este mismo día, por la noche. además de dar publicidad al acto, haya informado a todos sus espectadores de que Falange es un partido legal, que el yugo y las flechas también y que el «Cara al sol», nuestro himno es legal, es decir lo podemos cantar donde y cuando queramos y, sobre todo que no nos pueden encuadrar ni en la derecha ni en la izquierda porque estamos en contra del aborto, según ellos como la extrema derecha, y la nacionalización de la banca, como la extrema izquierda. Resumiendo, nos califican de antisistema y, desde luego, tienen toda la razón estamos en contra de este sistema nefasto que destruye nuestra Patria, que nos roba nuestro Pan y en el que no existe la Justicia.

4

Militante de (poca) fortuna

Miguel Ángel Vázquez

«Dios no nos pedirá cuentas de las batallas ganadas, sino de las cicatrices de la lucha.» [L. Castellani]

Estoy a punto de cumplir medio siglo de militancia patriota, de haber decidido hacer de mi vida, con alegría y humildad, un acto permanente de servicio. Aunque no he debido estar nada fino eligiendo desde dónde. Omito escuadrismo incontrolado de

acción directa, redacciones de revistas con trastienda y hasta grupos demasiado heterogéneos. Tiro de memoria por orden cronológico no demasiado riguroso:

*Asociaciones juveniles: OJE, Organización Juvenil Española / AJO, Asociación Juvenil Octubre

*Militancias estudiantiles: BRN, Bandera Roja y Negra / FES, Frente de Estudiantes Sindicalistas

*Iniciativas culturales: Poesía que promete / CCH, Círculo Cultural Hispánico / FIS, Foro de Iniciativas Socioculturales / FJA, Fundación José Antonio / Plataforma 2003 / CENS, Centro de Estudios Nacional-Sindicalistas

*Partidos Políticos: FE(i), Falange Española (independiente) [S. Hillers] / FE-JONS [D. Márquez] / FE-JONS [G. Morales] / FE-JONS [J. López]

También he legalizado un sindicato de trabajadores, Vértice Nacional Sindicalista [si bien fui elegido Delegado Sindical con uno convencional], y hasta he montado un conjunto musical con mensaje contrario al sistema: Proyecto Bronwyn.

Coda: ninguno de estos grupos, la mayoría numerosos, generosos y brillantes, muy de

"ofensiva", fue mencionado en la entrega de placas del acto del noventenario de la fusión de las JONS con Falange Española, acto que estuvo genial y donde llegué a emocionarme hasta empañarse los ojos.



[Fotografía: despedida de la corona 2020; unos días antes me habían dado el alta de una hospitalización con milagrito.]

Se insiste en que Europa es una barrera importante para evitar los desmanes del sanchismo, muy especialmente en lo que afecta a la amnistía a los secesionistas catalanes. Sin embargo, a algunos, lejos de consolarnos y tranquilizarnos, semejante garantía más bien nos inquieta, nos preocupa y nos entristece.

España está a merced de unos corruptos miserables y parece que España carece de herramientas propias para defenderse por sí misma. Y es que resulta que España depende, cada vez más y en más cosas, de poderes externos, exentos de cualquier control auténticamente democrático, y ajenos a los intereses de nuestra patria. España es terreno asequible y fácil para poner en juego las estrategias de potencias extranjeras, nuestro sometimiento militar y geoestratégico es apabullante, nuestra soberanía económica es nula y nuestra dignidad y orgullo nacionales son un trampantojo exhibido, como en un desahogo, en determinados acontecimientos deportivos o en las eventuales y dosificadas convocatorias de los llamados partidos constitucionalistas.



España, da igual quien mande, se alinea de forma servil, acrítica y peligrosa en los conflictos internacionales como lacayo de la OTAN y de los USA. Europa no tiene voz propia. Parece como que fuera contradictorio y censurable mostrarse contrario a los métodos de Putin y, al mismo tiempo, sentir escasa devoción por Zelensky e incluso pensar que Rusia tenga derechos sobre Crimea y otros territorios; o ser enemigo del islamismo yihaddista, aborrecer el terrorismo de Hamas o plantar cara a los que añoran con recobrar Al-Ándalus y, simultáneamente y con igual contundencia, condenar la brutal política genocida de Israel sobre los árabes palestinos.

La historia reciente de España, no solo esos hitos tan controvertidos, como el atentado de Carrero, el montaje del 23-F, el brutal atentado del 11-M, o la mutación sanchista del PSOE (por no remontarnos más atrás en la Historia), ha discurrido de un modo ineluctable hacia una pérdida creciente de nuestra soberanía militar y económica, hacia una destrucción creciente de la idea nacional y hacia una mayor servidumbre al imperio angloamericano y a la OTAN.

En los años sesenta del pasado siglo, en pleno franquismo, un falangista rebelde – quien, luego, ya absolutamente disidente, refundaría el Partido Sindicalista– se atrevió a plantear, de cara al futuro inmediato de nuestra patria, cuál era la alternativa por la que debía decidirse la España postfranquista. La opción era esta: suicidarse en Europa –Europa como evasión– o buscar formas de integración en una gran unidad iberoamericana –Iberoamérica como revolución. La editorial ZYX, en 1968 le publicaría a nuestro antiguo camarada, José Luis Rubio Cordón, un librito con este llamativo título “Europa como evasión, Iberoamérica como revolución”.

Porque lo cierto es que de la vieja y gran Europa romano-germánica ya no quedaba casi nada; el objetivo era la integración en la Europa del Mercado Común, en la Europa de los “mercaderes”. Es decir, renunciar a la auténtica patria propia para incorporarse a una patria espuria, olvidando la posibilidad –complicada, nadie lo dudaba– de retomar el proyecto hispano. El grupo de Rubio llegó a propugnar en esos años el ingreso de nuestra nación en la Asociación Latino-Americana de Libre Comercio, como paso previo a una unidad política y una unidad de acción histórica, contribuyendo a vertebrar a la balcanizada Iberoamérica antes de que España misma fuera igualmente balcanizada. Nada aterraría más al imperialismo angloamericano que apuntar siquiera la posibilidad de surgimiento de un bloque compacto hispano-americano.

Toda patria, toda verdadera comunidad política o pueblo histórico consiste, en última instancia, en su propia cosmovisión o conciencia del hombre y del mundo; o sea, en un sistema arquetípico de valores que trata de explicar, y realizar, de un modo singular al hombre mismo y a sus formas de vida común, dentro de un proceso continuo y siempre abierto de generaciones, según nos explicaba el sociólogo Manuel Lizcano. Es decir, la patria de los hispanos es nuestra propia cosmovisión, desde la cual hemos ido construyendo de un modo original nuestras sociedades bajo unos arquetipos interpretativos de la naturaleza esencial del hombre. Cada pueblo aporta unas características peculiares interpretativas a los mismos ideales abstractos que persigue la humanidad entera.

A lo largo de cientos de años, los españoles hemos contribuido a la evolución humana de un modo importantísimo. Este sistema cultural consistiría, en su raíz última, en una concepción espiritualista o absoluta, por la que el hispano estaría tendiendo singularmente siempre a liberarse, a “soltarse” de todo: soltarse de ataduras materiales, liberarse de formas de poder tiránicas y buscar, desde la autenticidad de las formas mancomunadas, la dignidad y libertad del hombre; todo ello desde la perspectiva españolísima católica y universalista de la igualdad esencial del género

humano. Desconfiemos de tantos materialistas de nuevo cuño que vienen ahora a darnos lecciones de hispanismo.

Frente a la globalización que nos quieren imponer, hoy, más que nunca, necesitamos proyectos patrióticos, con objetivos universales que, desde sus especificidades propias, propongan valores alternativos y reaccionen frente a la situación presente. No podemos resignarnos a vivir en este lodazal en que se ha convertido la política internacional: a las tensiones sin fin entre países ricos y países cada vez más pobres; a las migraciones forzadas y descontroladas de masas enormes de población; a la decadencia y al egoísmo de las sociedades occidentales frente a los fundamentalismo pseudo-religiosos orientales; a la aspiración a un crecimiento sin límites de unos cuantos privilegiados a costa de la extenuación de los recursos del planeta.

Para abordar empresas grandes, la nación necesita de una razonable masa crítica. Los particularismos anacrónicos solo sirven como instrumento disolvente para limpiar y despejar el terreno de toda forma de oposición seria a los intereses del capitalismo, que no tiene más patria que la del beneficio. Esa masa crítica la deben aportar hoy distintas naciones que compartan las mismas raíces y valores. Desgraciadamente, Europa ya no sirve para esto. Pero hay una España metafísica, la eterna e inmovible metafísica de España que amaba José Antonio Primo de Rivera; y podemos decir con el profesor Lizcano que existe una España universal y matriz, de la cual han nacido todas las “Españas” o pueblos históricos del Occidente hispano, incluida la actual y desgraciada nación española. España ha sido siempre, por ello, mucho antes que otra cosa, un humanismo o una cultura: un modo de ser hombre. Ser español, una de las pocas cosas serias que se pueden ser en el mundo. Quizá sea la hora de un Hispanismo que comience por resucitar a la España que se suicidó en Europa.

Haber dejado –cito nuevamente a Manuel Lizcano– que el significado de lo que representa la idea de España haya quedado reducido, en algún momento, a partir de Fernando VII, a una sola nación y Estado, fue –desde el punto de vista de los intereses de nuestra cultura– una increíble aberración, en la cual se hizo patente la obra maestra de la previa ocupación sectaria, ilustrada, de la Península, por la burguesía dieciochesca europea de Francia e Inglaterra. El hispanismo representó la idea del hombre libre –liberado de cualquier atadura, como nos enseñaron nuestros místicos– que se mancomunaba con otros libres.

En los siglos más brillantes de nuestra historia, la monarquía hispánica desconcertó a sus oponentes en el tablero moviendo sus piezas con jugadas insólitas.

Tuvo Isabel la Católica el deseo, por motivaciones espirituales, de que la lucha contra los moros de Granada se antepusiera a la voluntad de Fernando de hacer “política europea” recuperando el Rosellón del poder francés. Igualmente, en la expansión ultramarina hacia Canarias y América puso Isabel su empeño en que ésta tuviese el sentido misional que exigía la bula de Alejandro VI, por encima de otros intereses. Tampoco a Felipe II importó jugárselo todo a la carta de los valores religiosos, subordinando intereses políticos, económicos y militares. Pero no es solo lo religioso lo que prevaleció frente a intereses mercantilistas; también los usos y costumbres comunales favorecían un modo de ser y de relacionarse más humano. Menéndez Pidal reprochaba a las izquierdas el que siempre se mostraran reacias a estudiar y afirmar en las propias tradiciones históricas aspectos coincidentes con su propia ideología. Actitudes bien distintas las de Ganivet, Costa, Giner de los Ríos o Unamuno que negando la tradición en superficie la afirman en la base; buscándola y rastreándola en sus visitas de pueblos, estudio de tradiciones jurídico-políticas y poesía popular, así como en la reivindicación del sentido colectivista de nuestras estructuras agrarias. Lo castizo eterno frente a lo castizo histórico, como señala Unamuno.

Igual que la propia historia de Europa habría sido bien distinta sin el ideal batallador de la Reconquista española frente al Islam, el mundo actual podría ser diferente si acertáramos a encontrar, en clave poética y espiritual, un móvil poderoso que hiciera frente a los grandes mitos deshumanizadores actuales, como el del interés y el beneficio económico por encima de todo, que mueven la batuta en el chirriante concierto de la política mundial.

Esa mística de un ideal de civilización y justicia para todo el género humano; la voluntad para acometerlo, concitando adhesiones; la religación del hombre con los valores auténticos del espíritu frente a la idolatría del dinero; la dinámica de la donación, desinteresada y quijotesca; la igualdad esencial del género humano y el valor del mestizaje; las garantías para el ejercicio de la libertad profunda del hombre, inalienable y trascendente, compatible con el interés de la comunidad y con la justicia; un pueblo organizado y militante en lucha para realizar estos ideales. Y todo ello frente al imperio del egoísmo y el individualismo, frente al racismo y las desigualdades, frente al materialismo y al utilitarismo moral, frente al crecimiento ilimitado y asimétrico de las economías privilegiadas y la extenuación del planeta. Claramente, esta no es tarea para un pueblo solo y aislado; es la misión ¿por qué no? de nuestra Hispanidad. Sería necesaria para ello una gran confederación política y económica de Estados fuertes hacia el exterior y hacia el interior, con clara conciencia

de su misión, y comprometidos con un destino más humano para los hombres y mujeres de este planeta.

Ojalá se despertara pronto esta conciencia de destino Universal hispánico y cristalizara en múltiples movimientos políticos nacionales. Ojalá la garra hispánica, firme y justiciera, acertara a sustituir a esa meliflua y rapaz “mano invisible” de los mercados y de los mercaderes que, lejos de dar equilibrio al mundo, nos roba la esperanza y nos expolia a todos. De momento, España, encanallada y exangüe, yace muerta en Europa.

6

Pilar Careaga Basabe, alcaldesa de Bilbao

Iker Rioja Andueza, para El Diario

Pilar Careaga, una de las mujeres más poderosas en el franquismo y la única alcaldesa (hasta hoy) de una capital vasca. La biografía de esta política que murió en 1993 leal a la dictadura es “rompedora” porque fue la primera ingeniera, la primera maquinista de tren o la primera mujer víctima de ETA además de liderar una gran ciudad de 1969 a 1975.

Con toda probabilidad, de las elecciones de este domingo saldrá la primera diputada general en la historia de Bizkaia y de Gipuzkoa, así como la primera alcaldesa de la historia de Vitoria. En Euskadi, a diferencia de en otras comunidades autónomas, no ha habido ninguna mujer que haya sido lehendakari ni diputada



general. Tampoco alcaldesa de una de las capitales... en democracia. El matiz es fundamental, porque hay un excepción histórica. Y muy relevante. Bilbao tuvo alcaldesa entre 1969 y 1975. Se llamaba Pilar Careaga. En una dictadura de cuatro décadas como fue el franquismo, no hubo mujeres ministras ni gobernadoras civiles y, al menos en las capitales españolas, no consta que ninguna otra mujer ejerciera tal responsabilidad. Careaga, que nació en Madrid en 1908 y murió en 1993 sin renegar del franquismo, fue una de las mujeres que más responsabilidades políticas y administrativas tuvo con Francisco Franco.

“Es una mujer plenamente contradictoria. Era muy franquista pero el papel que ella daba a las mujeres no lo asumió y no se quedó en casa. La suya es una

contradicción absoluta entre su ideología y su práctica. Es una mujer rompedora absolutamente en su ámbito. Su biografía es muy interesante”, explica el historiador Mikel Urquijo, biógrafo de Careaga dentro de una publicación sobre todos los alcaldes franquistas que tuvo Bilbao.

¿Por qué rompedora? Fue la Universidad en la década de 1920 y, además, para completar una ingeniería industrial. Fue la primera mujer en hacerlo. En su carrera había una asignatura de “Ferrocarriles” y, en unas prácticas, también fue la primera mujer en España en ser maquinista de un tren que, precisamente, unió Madrid y Bilbao. 'ABC' le dedicó un reportaje. Ello hace que su nombre, de una manera completamente acrítica por su posición en la dictadura, aparezca en algunas publicaciones sobre mujeres “inspiradoras” de España que se difunden en colegios.

Careaga era hija de un diplomático español de muy alta posición y títulos nobiliarios concedidos por Alfonso XIII. En realidad, la familia era “González de Careaga”, pero simplificaron el apellido. Gracias a sus estancias en el extranjero, en concreto en Suiza, hablaba con fluidez inglés, alemán y francés además del castellano. Muy religiosa, el historiador Urquijo cuenta como anécdota que siempre bendecía la mesa en alemán. Uno de sus tíos fue alcalde de Bilbao antes de la II República y otro de ellos ocupó cargos en el primer franquismo. Su cuñado, José Félix de Lequerica, fue ministro de Asuntos Exteriores en el plena II Guerra Mundial. Su familia materna, los Basabe, había hecho fortuna en Cuba.

Indica también Urquijo que Careaga “entró en política muy joven”. Lo hizo en Renovación Española, “la extrema derecha monárquica”. Era el partido de José Calvo Sotelo o Ramiro de Maeztu. En las elecciones de la II República de 1933 fue candidata en las listas. En la Guerra Civil, las autoridades republicanas de Bilbao, donde no triunfó el golpe de Estado, la encarcelaron en los centros de Larrinaga y de los Ángeles Custodios. Pero fue liberada tras un intercambio por niños bilbaínos en una colonia en la Rioja Alavesa y que estaban apresados por los sublevados, según cuenta la Real Academia de la Historia. “Entonces, en vez quedarse en la retaguardia, se fue al frente”, explica Urquijo. Careaga viajó a Valladolid y luego Madrid, donde se acercó ya al que sería su partido como alcaldesa la Falange, una formación totalmente alineada entonces a los espejos nazi y fascista italiano. Colaboró en los hospitales de campaña. Indica Urquijo como dato relevante que recibió una medalla al mérito con distintivo rojo, algo reservado a quienes entran en combate y algo excepcional para las mujeres. Recibió la condecoración junto con otras ocho que habían padecido “fuego de cañón y fusilería enemigos”.

En la posguerra aparece un agujero en su biografía pero en la década de 1960 ya empieza a ocupar cargos intermedios en la Diputación de Bizkaia, principalmente asociados a las políticas sociales y de beneficencia. La primera mujer diputada foral fue Careaga. Fue en 1969 cuando Camilo Alonso Vega, plenipotenciario ministro de la

Gobernación, designó a Careaga como alcaldesa. Alonso Vega, ferrolano y amigo desde la infancia de Franco era el máximo mando militar en la plaza de Vitoria el 18 de julio de 1936 e hizo que el Ayuntamiento de esta ciudad fuera el primero en ser asaltado por los franquistas. Luego tuvo un papel relevante en el denominado “frente del norte” que lo vinculó para siempre a las familias más adineradas y conservadoras de la zona de Neguri, donde veraneaba. Urquijo explica que, en Bilbao, los alcaldes eran todos de Neguri y ricos. De hecho, aunque en otras capitales los regidores en el tardofranquismo eran aperturistas en el caso de Bilbao seguían siendo guerracivilistas. Careaga, por su cargo, fue también procuradora en las Cortes franquistas, donde participó en comisiones de relevancia con jerarcas del régimen. “Por sus discursos, para nada estaba en la apertura”, recalca Urquijo.

En 2019, el periódico municipal de Bilbao publicó una semblanza sobre Careaga en la que apuntaba como hitos de su mandato, entre otros, el impulso del actual campus principal de la UPV/EHU en la zona de Leioa-Erandio. Por aquel entonces, el municipio de Bilbao era más amplio y Erandio pertenecía a la capital. Era una ciudad de 400.000 habitantes, de las más relevantes de España. “Bilbao no era cualquier sitio. Era una de las grandes ciudades de España y el suyo era un puesto relevante. Tenía mucho poder”, explica Urquijo, que se entrevistó con algunos funcionarios de la época. Contaban que era intervencionista en el día a día municipal. Estaba muy pegada a la parafernalia del franquismo -más propia de la primera época- y era muy consciente de que el suyo no era un mandato popular.

7

Una tarde con Teresa en el Mindanao

Gustavo Morales para El Debate

María Teresa Loring, quien fue una hermosa enfermera malagueña, guapa por fuera, rica por dentro, me llama y me pide una cita tardía, y tal digo porque me hubiera gustado mucho antes de que se nos fuera la pascua a los dos, al decir de Góngora, incluso antes de que sirviera, vale quien sirve, como subdelegada y también la última secretaria nacional de la tan mal conocida Sección Femenina, consejera nacional del quietista Movimiento y diputada parlamentaria por la provincia de Málaga, entonces se decía procuradora, palabra más explícita, en Cortes (como consejera nacional) durante la Dictadura del innombrable.

Era Teresa descendiente de Jorge Loring y Oyarzábal, también diputado, ingeniero de caminos y primer marqués de Casa Loring. Constato que no me afecta.

Afiliada a la Falange en 1935, luego es Camisa Vieja, como todos los alistados antes de julio de 1936, que después algunos fueron oportunos y otros oportunistas.

Trabajó Teresa como enfermera voluntaria del bando rebelde durante la Guerra Civil, una tarea no remota que no se hacía por teletrabajo.

La Sección Femenina le entregó en oro la «Y» de Isabel, esa mujer empoderada de verdad que montaba tanto como su marido Fernando. Eso fue en el año 1959, el del Plan de Estabilización que acabó con la autarquía y el país se internó para siempre en el cepo del Fondo Monetario Internacional, y a pesar de ello tuvo en la balanza de pagos un superávit, ¡qué palabra extraña tan poco usada y desconocida en la actualidad!

El 18 de noviembre de 1976, nuestra enfermera fue uno de los trece procuradores, ¡disidentes!, que se abstuvieron en la cardinal votación de la Ley para la Reforma Política



defendida por quien había sido alcalde de Jerez, Miguel Primo de Rivera, y otros cómplices reales, que dio paso a la redacción de la Constitución Española de 1978, manifestando así su oposición quijotesca y premonitoria al paso a la partitocracia autonomista que sería y es.

Durante los últimos años de su vida, en Madrid y en su Málaga natal, siguió vinculada con sosiego a su pensamiento libre e independiente, sin vegetar como una anciana conformista, ni ceder a los cantos de sirena del confort ni a la tentación de una senectud con holgura, creando las asociaciones Nueva Andadura –que prolongó más allá, siempre plus ultra, el tiempo de la Sección Femenina, esa de mujeres al sol– y Plataforma 2003, más efímera y en memoria del hermano de Pilar Primo de Rivera. Falleció Teresa en el año 2008, como resultado de una enfermedad degenerativa. Y antes de hacerlo me citó, curiosa era y seguía siendo, en el hotel Mindanao, en la cafetería, donde en esos tiempos de libertinaje y bacanales se podía fumar y decir de todo sin cortapisas, y ella lo hacía de una forma habitual, me tumbó fumando, bebiendo whisky y hablando.

La curiosidad concreta de Teresa al convocarme se entraba en saber quién era, porque un hombre como yo, sin currículum en el régimen anterior –es decir, no había pertenecido a nada ni cobrado ni ocupado cargo alguno, ni siquiera había sido de la OJE–, crea esa Fundación en honor del Ausente mientras que a todos los que sí habían

sido y disfrutado de prebendas o cargos no se les había ocurrido ni por asomo crear la Fundación José Antonio durante los 36 años en que estuvieron citándole mal, y exhibiendo su retrato en aulas y edificios oficiales y olvidando su opción por «la España alegre y faldicorta». De hecho, el dinero, que no era poco entonces, necesario para legalizar la fundación, le contaba a Teresa, lo tuve que pedir prestado en parte a mi amigo Juan Antonio entre otros, y lo devolví.

Loring quería conocerme por eso y me preguntó qué pensaba hacer. Mi respuesta fue directa y clara: dársela a quien le hiciera falta y crear la Fundación Ramiro Ledesma. Se rio primero con los ojos hasta que la risa brotó de su boca serena y traslúcida.

Entonces me habló de ellas, mujeres que no se casaron todas, como su jefe Pilar, mujeres que hicieron exitosas y extenuantes campañas de recuperación de culturas regionales vascas, astures, castellanas, catalanas; misiones de vacunación, operaciones de extensión de salud agraria y de alimentación de grandes y chicos, que viajaron por la parda y verde geografía de España para sembrar en otras mujeres la semilla de la inquietud, imponiendo la fértil presencia de las señoras en la esfera pública y en el mundo del trabajo. Me habló de Rosario Pereda, la castellana que no sólo capitaneó mozas sino también a hombres, ocupando un espacio como oradora, otra esfera hurtada anteriormente a las hembras. En su relato también salen los nombres de la madrileña Mercedes Sanz Bachiller, y la abogada andaluza Mercedes Formica, autora de la «reformica» del Código Civil, conquistadora de los derechos legales de las casadas.

Escuchando a Teresa pensé nuevamente: qué lejos está la verdad de la Historia que sí fue de lo que se cree vulgarmente en el relato con que nos ciegan. Y Ella cogió otro cigarrillo, pidió otro whisky y me desveló otra verdad sentados en las altas banquetas de la barra de la cafetería del Mindanao.

8

¿Por qué la ultraderecha española no es nazi? José Antonio tiene la respuesta

Julio Martín Alarcón para El Confidencial

Plaza de Toros de las Ventas, Madrid, 20 de octubre de 1940. Toda la plaza con el brazo en alto mientras se despleaban banderas y banderolas con la esvástica por los balcones y el palco, en donde nada menos que el jefe de las SS, Heinrich Himmler saludaba a una multitud extasiada escoltado por su anfitrión Franco y su mayor escudero, Serrano Súñer. Para entonces, el ministro de Exteriores ya había viajado en muchas ocasiones a Berlín e incluso Núremberg y pronto el mismo Hitler se reuniría con Franco en Hendaya. La colaboración durante la Guerra Civil con el Tercer Reich

había sido crucial para la victoria de las tropas de Franco, y aunque el acuerdo final no incluyera la entrada inmediata en la guerra de España a favor de los nazis, poco después llegaría la División Azul y la colaboración con el esfuerzo bélico del Tercer Reich con la exportación de materias primas como el wolframio. Pero España no era nazi. Más allá de la obvia colaboración con el Tercer Reich entre 1936 y 1945, la realidad es que la ideología nazi penetró muy poco en el Nuevo Estado franquista, por mucho que algunas instituciones se copiaran: ni los falangistas fueron nunca nazis por su componente católico ni José Antonio su adalid, si no lo contrario: se opuso firmemente.

Plaza de Toros de las Ventas, Madrid, 20 de octubre de 1940. Toda la plaza con el brazo en alto mientras se desplegaban banderas y banderolas con la esvástica por los balcones y el palco, en donde nada menos que el jefe de las SS, Heinrich Himmler saludaba a una multitud extasiada escoltado por su anfitrión Franco y su mayor escudero, Serrano Súñer. Para entonces, el ministro de Exteriores ya había viajado en muchas ocasiones a Berlín e incluso Núremberg y pronto el mismo Hitler se reuniría con Franco



en Hendaya. La colaboración durante la Guerra Civil con el Tercer Reich había sido crucial para la victoria de las tropas de Franco, y aunque el acuerdo final no incluyera la entrada inmediata en la guerra de España a favor de los nazis, poco después llegaría la División Azul y la colaboración con el esfuerzo bélico del Tercer Reich con la exportación de materias primas como el wolframio. Pero España no era nazi. Más allá de la obvia colaboración con el Tercer Reich entre 1936 y 1945, la realidad es que la ideología nazi penetró muy poco en el Nuevo Estado franquista, por mucho que algunas instituciones se copiaran: ni los falangistas fueron nunca nazis por su componente católico ni José Antonio su adalid, si no lo contrario: se opuso firmemente.

RESPUESTA. Es uno de los objetivos del libro, precisamente, intentar afinar las etiquetas ideológicas, porque están en el debate actual. Yo he vivido los últimos siete años en el extranjero y, muchas veces, cuando vives fuera, tienes una visión de la política española desde la distancia, intentas ser más subjetivo. Me daba cuenta de que había una cierta radicalización política, sobre todo del Congreso de los Diputados, una radicalización lingüística. En muchos partidos se utilizaban improperios e insultos. Se etiquetaba al adversario simplemente para demonizar, llamándolo fascista, comunista, facha, quintacolumnista, etc. Es uno de los problemas que tenemos en la política actual. Piensa que este libro, este ensayo, es una revisión, es una reescritura de mi tesis

doctoral. Desde 2016 hemos pasado del ascenso de Donald Trump, a la consolidación de regímenes autoritarios en Rusia, Turquía, Hungría, Polonia y si vamos al panorama nacional, pues hemos visto ascensos de partidos políticos, que han desafiado la élite tradicional. Desde Podemos hasta Vox y, si me apuras, hasta Ciudadanos. Por lo tanto, uno de los objetivos de la España nazi, era el de explicar el papel de los intelectuales y las ideologías y clarificarlo: no eran todos iguales, no todos eran filonazis, no todos eran fachas, no todos eran fascistas... sino que había un conglomerado de intelectuales, escritores, juristas, sacerdotes, etc. en el cual unos apoyaban la ideología pura y dura, otros el colaboracionismo y los más eran simplemente el oportunismo.

P. La gente no interpreta muy bien lo que es el fascismo, lo que es el nazismo, lo que es el nacionalsindicalismo. ¿Cómo fue realmente esto en la España del 36 al 45?

R. El problema es, recurriendo a la actualidad, cuando se llama facha a un fascista y se utiliza sin pensarlo realmente, sin racionalizar el concepto. Me parece un sinsentido, porque realmente hubo pocos fascistas. En España lo que tuvimos fue un falangismo, una especie de versión del fascismo. Aceptaría que se le llamara a una persona falangista, pero el término hoy en día nos retumba en los oídos. Parece tabú y me sorprende que no utilicen falangista y sí en cambio fascista. Pero el hecho de que se utilice fascista es un etiquetaje ideológico, una manera también de generalizar, que es un error. Yo me centro en las relaciones ideológicas, en el colaboracionismo, en el papel que tuvieron estos intelectuales como receptores, intérpretes e incluso propagadores de la ideología nacional socialista. Y no me centro tanto en las relaciones con el fascismo. Lo más próximo al fascismo que nos podríamos encontrar sería un Ledesma Ramos, que sería quizás el gran teórico del fascismo italiano y del nacionalsindicalismo. Porque yo dejaría fuera de esta tríada a José Antonio y a Onésimo Redondo. Yo creo que tiraría más por Ledesma Ramos, que es un gran admirador del nazismo y el fascismo.

P. De hecho, de alguna forma, el pensamiento joseantoniano, de existir, estaría más cerca del ultraconservadurismo, ¿no?

R. Exacto. Piensa que la España del primer franquismo es la que más vende a nivel editorial. Pero José Antonio es la clave. En términos ideológicos, toda esa corte literaria que pulula a su alrededor, sobre todo escritores y poetas, afianzó una opinión crítica hacia el nazismo. Por tanto, es una España más hitleriana que filonazi, porque nuestra historia, nuestra dictadura, como todas las dictaduras autoritarias y militares, admiran más al líder que a la ideología. En España, desde el año 31 hasta el 45 se admiró más a Hitler que a la propia ideología. Lo que provocó que no se entendiera bien lo que significaba el Tercer Reich. No entendieron nada, no entendieron las cámaras de gas porque se enfocaron en el líder. Y de ahí, digamos, la devoción que tienen siempre hacia ese tipo de líderes autoritarios y hacia este tipo de caudillos.

P. La verdadera España nazi en tu libro es un poco la que venden los corresponsales de prensa y la que aplauden en ocasiones los intelectuales que rápidamente cambian su visión... R. Visualizado a nivel editorial, uno de los libros, es precisamente el de los hermanos Carbajosa, que habla de esta corte literaria, como dices tú. Habla de Agustín de Foxá, Dionisio Ridruejo, Jacinto Miquelerena, Giménez Caballero, que fue importantísimo en la diseminación de la ideología fascista... Pues todos estos, todos estos intelectuales, escritores y poetas, al seguir, vamos a decir, la ideología josntoniana, adoptaron la crítica que hacía José Antonio hacia el nazismo. A ver, Ledesma Ramos es el gran admirador del nazismo. José Antonio no, porque José Antonio era conservador, una persona muy católica.

P. Bueno, de hecho su interés es el de recuperar el legado de su padre Miguel Primo de Rivera, el de Unión Nacional... R. Él admiraba a Mussolini porque era amigo de su padre y Mussolini recibe a José Antonio por ser el hijo de Primo de Rivera. Después visita la Alemania nazi para enterarse un poco, porque estaba muy interesado en todos estos fenómenos, y se quedó admirado de las políticas socioeconómicas. Pero le chirriaba el tema de la divinización del Estado y sobre todo, por supuesto, el racismo. Es decir, para José Antonio, el racismo y el antisemitismo no era válido. Todo este antirracismo deriva de que él se basa en la historia de España, de que fuimos a América, pero no éramos racistas. También lee mucho a Maeztu, sobre todo su libro Defensa de la Hispanidad. Los intelectuales que estaban a su alrededor lo adquirieron y lo fueron propagando prácticamente hasta el año 45.

P. Marcas tres fases que son "imitación, fascinación y desencanto", según tres períodos que van del 36 al 45. Entiendo, por lo que explicas, que hay ahí unos pilares que se adhieren un poco al nuevo Estado español, como la familia, el deporte, la prensa, pero no dejan de ser valores más bien conservadores. ¿Cómo es esto? R. A ver, la fase de imitación a la que te refieres es principalmente durante la Guerra Civil. Piensa que estamos hablando del bando nacional, es decir, una serie de teóricos, intelectuales y periodistas que habían escrito sobre la ideología nazi. Hasta el 36, los temas del racismo y el antisemitismo prefieren no tocarlos, porque irían en contra de la devoción que sentían por Hitler y por todas las políticas socioeconómicas que estaban haciendo prosperar al país. Es decir, Hitler, para ellos, era una especie de receta autoritaria, patriótica y anticomunista. Ellos querían darle la vuelta a la República española. Todos estos protagonistas, hasta el 36, también lo fueron durante la Guerra Civil. Ahí entran en escena, sobre todo legisladores, teóricos, abogados. Tenían que edificar el nuevo Estado. Es verdad que ahí hubo un proceso imitativo, sobre todo de las organizaciones, más que de los valores de la familia, donde miraban más hacia el modelo italiano, que no deja de ser también respetuoso con la Iglesia Católica, con el Vaticano, por la idiosincrasia que tenía Mussolini. Pero a Alemania la admiraban por los modelos de la juventud. Hasta el 42, cuando Hitler está prácticamente invadiendo toda Europa, hay una especie de fascinación absoluta hacia

el régimen nazi. Y a partir del 43 hay un proceso de total idealización, de maquillaje, y lo que hacen todos esos teóricos e intelectuales que habían colaborado para edificar el nuevo Estado español es crear una nueva etiqueta: el nacionalcatolicismo.

P. No sé si te acuerdas de la polémica que hubo en 2011 con el Diccionario Académico de la Real Academia de Historia, cuando el historiador Luis Suárez calificó el régimen de Franco de autoritario y no de totalitario en la entrada relativa a Francisco Franco y se montó cierto revuelo. ¿Estaba realmente el franquismo circunscrito al Movimiento Nacional, al partido único o solo al dictador militar? R. Hay muchas etapas, pero si englobamos los 36 años del franquismo para definirlo como gobierno autoritario no sería cierto. Porque los tres primeros años, es decir, hasta el 42-43, el franquismo estaba en pañales y tenía tintes claramente autoritarios. Había también una fachada, eso es obvio, y no me refiero solo al saludo fascista. Había una serie de organizaciones además de una fachada totalitaria —durante los tres o cuatro primeros años— que coincidieron precisamente con la época más victoriosa de las tropas germanas en Europa. Esto no lo podemos olvidar. Lo que a mí me interesa es toda esta camaradería de intelectuales, legisladores y de teóricos. ¿Cómo cambiaron, cómo empezaron a saltar del barco, vamos a decir, totalitario? A partir del 43, cuando vieron que Hitler estaba perdiendo la guerra, empezaron a buscar en la coyuntura de la posguerra una nueva etiqueta ideológica. Y ahí entraría sobre todo José Antonio. Y por eso es muy importante. Volvieron a José Antonio y a las raíces hispánicas, es decir, el catolicismo y el anticomunismo, que son las dos etiquetas que hicieron pervivir al régimen de Franco hasta prácticamente el 75.

P. ¿Quiénes fueron los principales intelectuales ideólogos del nazismo en España en esa época? R. Javier Conde, por ejemplo, a nivel teórico respecto a la teoría del caudillaje legal. Lacambra también y Juan Beneyto. Muchas personas que provenían del ámbito del derecho. Pero, si nos centramos a nivel literario e intelectual, los grandes protagonistas del libro son los periodistas, los corresponsales, porque son los que estaban en Alemania, los que vivían día a día la política nazi. Todos los capítulos están protagonizado por ellos ya que, a través de diferentes plataformas de derechas, de falange y monárquicas, son los que propagan y diseminan la ideología nacionalsocialista, desde el 31 hasta el 45. Luego en sus memorias tratan de blanquearse, claro...

P. Como el caso de Dionisio Ridruejo que luego fue incluso antifranquista. ¿Cómo asumió España el posnazismo? R. En los 50 el régimen ya está muy asentado y tiene unos parámetros que están muy alejados o ciertamente alejados de todo esto. Creo que la religión católica y el carácter anticomunista y antimasónico de Franco —o del propio régimen— es lo que le hizo pervivir en el tiempo. Es decir, tuvo suerte en esta coyuntura. Sobre todo si hablamos de la Guerra Fría, que le benefició. Volvemos otra vez a la mayoría de los intelectuales; no solo partimos de José Antonio, sino de la mayoría de los intelectuales de aquella época. Desde el 39 al 55 eran

anticomunistas y muy católicos y, precisamente, esos son los dos distintivos que aprovechó el régimen a partir del 45 para pervivir, porque a partir del 50 ya se estabilizó. Hubo un momento, sobre todo entre el 45 y 48, que parecía que las organizaciones internacionales podían intervenir, pero es verdad que a partir del 50, gracias a esta nueva etiqueta nacionalcatólica se salvó y los periodistas y los intelectuales cambiaron a partir del 43 su relato y el discurso de lo que habían escrito anteriormente.

P. El pensamiento católico jugó de alguna forma un papel importante. ¿Fomentó que más tarde los partidos de extrema derecha o ultraconservadores o ultra — como se quiera llamar— hayan sido diferentes al resto de Europa? R. Hay algo de esto, sí. Pero lógicamente hay personas más cualificadas para hablar de este tema. Lo que sí que veo es una cierta diferencia entre los partidos de extrema derecha y la derecha del sur. Es decir, podemos equiparar también a Italia. El elemento católico diferencia a la extrema derecha del norte de la del sur, y creo que sí, que hay una especie de ligazón entre Vox y todo este pensamiento ultraconservador integrista católico. Se nutre de cierto revisionismo histórico —piensa que, por ejemplo, hemos escuchado en el Congreso de Diputados a veces nombrar a figuras como El Cid o los conquistadores de América— que reincide en lo hispánico y conservador más que en Francia, por ejemplo, donde realmente hubo nazismo puro y duro en la Francia libre de Vichy: había nazis franceses. Es la diferencia entre el antijudaísmo de España y antisemitismo de Francia con su caso Dreyfuss. Lo que había en España era una cosa muy común en Europa, que era el antisemitismo ambiental, es decir, el ver al judío o al masón como parte de la conspiración judeomasónica que tanto obsesionaba a Franco, como enemigo de las comunidades nacionales. El judío estaba en la sombra y movía los resortes económicos, sociales, culturales, etc. y pervertía España. Esto es lo que conecta también con Vox, el tema de los Reyes Católicos, el antijudaísmo medieval, no tanto el antisemitismo. En los años 30 se hace mucha referencia a los Reyes Católicos como pioneros y además los comparan con Hitler, como que nosotros fuimos los primeros que dejamos libre nuestro país de judíos, una especie de Judenrein, pero es diferente.

9

Fragmentos de una primavera

Carlos Caballero Jurado para Jot Down

Alguien ha dado la voz de alto. Se detiene poco a poco la columna, y al borde del camino van surgiendo hogueras alrededor de las cuales se improvisan animados grupos. Uno de ellos lo formamos nosotros —«los bohemios» nos bautizaron en el campamento—, camisa azul con cisne blanco bajo el verde uniforme alemán. Junto al fuego, quizá un poco simbólico en esta fecha, 12 de octubre, hemos

encendido las pipas y Carlos como de costumbre, ha iniciado una conversación intrascendente, saturada de chistes y alusiones. Pasa un enlace sobre una moto. Nos conoce; se detiene un poco y grita:

—¡Muchachos, nos quedamos aquí! ¡Estamos a tres kilómetros de la primera línea! Esta misma noche relevamos a los alemanes.

Nos saluda brazo en alto y reanuda la marcha. Al principio nos hemos quedado todos enmudecidos. Daniel es el primero en salir de su ensimismamiento. Se vuelve hacia nosotros y dice tan solo estas palabras:

—¡Ya era hora!

Parece como si la noticia hubiera eliminado de nuestro recuerdo la noción de los mil trescientos kilómetros recorridos hasta ese momento. Han desaparecido de nuestros rostros todas las huellas de sueño, fatiga y penalidades. Nos hemos puesto de pie y, como en todas las grandes ocasiones, hemos cantado. Y ha sido una desgracia no conocer ningún himno del SEU, porque aquí, en este instante y ante este paisaje, sus estrofas entonadas por nosotros hubieran tenido una emoción apasionada. (...)



Julio ha empapado de sangre esta retrasada primavera. Todavía queda nieve para grabar iniciales en su blanca superficie, pero ya han surgido rosas que han de dulcificar la sepultura. Cerramos los ojos a esta angustia que nos invade, porque ya no está con nosotros el mejor compañero. Sobre un carro, un carro de ruedas destartaladas y ejes que chirriaban, a contraluz con la estepa iluminada eternamente, llevamos ayer su cadáver a Motorowo, y en un jardín, la cabeza hacia España, lo enterramos (...)

Con él se fueron las medallas religiosas, el cisne blanco en la camisa azul, y aquella rosa de los Alpes que una estudiante alemana le regalara. Nos dejó, sin embargo, una antología de la buena muerte y una postura arrogante ante lo irremediable.

Caía la tierra sobre su cuerpo y descendía sobre nosotros el afán silencioso en la lucha. Así, sin gritos, proseguíamos, cada vez más acelerada, la marcha hacia los límites de nuestra conciencia. Se desangran, sí, los cadáveres de los falangistas, pero esa sangre entra en las venas de los que quedamos, para rejuvenecer nuestro ímpetu.

Tengo su diario entre mis manos. Es de tapas azules y sus páginas están llenas de una letra apretada y ágil. Todas sus confidencias están trasplantadas —y aquí con más pureza— a la blanca amistad del papel. Por todas partes, alusiones a su entrega eterna a la Falange. Se dictaba a sí mismo la violencia y la fe en la revolucionaria tarea. Leo...

«¡Que día más terrible aquel en que ninguna mano extendida nos señale el mejor camino hacia la muerte! Si en la constelación falangista no se esperasen refuerzos, ¿Cómo íbamos a justificar nuestra presencia en este campamento terrestre?».

«Se nos quiere llevar a la molicie ofreciéndonos como cebo y consuelo el fácil recuerdo de lo pasado. Y no: no se hacen revoluciones fundando un museo de añoranzas, sino buscando con el punto de mira el cuerpo enemigo».

«Las consignas no deben perderse entre las páginas tibias de revistas que nadie lee. Las consignas han de clavarse a gritos en las paredes enemigas».

Al terminar de leer me fijo en la última página, donde, a lápiz, pero con gruesos caracteres, había escrito:

«¡ARRIBA ESPAÑA!».

(«Fragmentos de una primavera» de Luis García-Berlanga Martí. Artículo premiado con el premio Luis Fuster del SEU de Valencia, y que fue reproducido en el periódico *Hoja de Campaña de la División Azul*, nº 61 (21 de marzo de 1943), pág. 9. Se reproducen varios fragmentos).

Cuesta trabajo creer que este Luis García-Berlanga Martí sea el mismo que hemos conocido como figura pública y que alardeaba de su hedonismo, se autocalificaba como erotómano y se definía como anarquista. Y, sin embargo, es la misma persona. Mucho se ha hablado, tras su muerte en noviembre de 2010, de su genialidad cinematográfica. Sin embargo hay algo de lo que se ha hablado mucho menos: su relación con la División Azul. ¿Cuáles fueron los motivos que llevaron a García-Berlanga a alistarse en esa unidad? ¿Cómo fue su paso por ella? ¿Qué vinculación mantuvo con sus camaradas del frente?

Dada su vinculación al mundo del cine, cada director de documental cinematográfico que se ha realizado sobre la División ha conseguido de él su testimonio para incorporarlo a su obra. Si repasamos esos documentales vemos una evolución. En los primeros, García-Berlanga hablaba de varios motivos: su solidaridad con un grupo de jóvenes amigos suyos, militantes falangistas radicales; su deseo de impresionar a una chica de la que estaba enamorado; su afán de aventura, propio de la edad; y su deseo de contribuir a evitar los peligros que se cernían sobre su padre, detenido y condenado como dirigente que fue del Frente Popular. En los postreros, este último era casi el único que se reflejaba.

Lo primero a tener en cuenta es que un documental cinematográfico suele ser, como testimonio histórico, de escasa o nula fiabilidad. Normalmente se filma al entrevistado muchos minutos, que después, en el montaje, quedan reducidos a muy pocos. El director, sencillamente, recorta por donde le place, de manera que al final el entrevistado dice exactamente lo que el director quiere que diga. Por eso, al final el testimonio de García-Berlanga quedó reducido a subrayar lo que los autores de esos documentales querían transmitir: la idea de una División Azul compuesta por «víctimas del franquismo». Todo ello partiendo de una argumentación que sorprende por su infantilismo: si el padre de García-Berlanga era «rojo», él debía serlo también. En realidad, y como sabemos todos, muchos hijos de padres de ideas izquierdistas sirvieron en la División Azul, de la misma manera que muchos hijos de combatientes de la División Azul han profesado o profesan ideas de izquierdas o separatistas. Dado que los testimonios recogidos en documentales son —ya se ha señalado— de nula utilidad, parece conveniente utilizar alguna biografía de más solvencia para profundizar en la biografía del cineasta, como la obra de Antonio Gómez Rufo, *Berlanga, contra el poder y la gloria. Escenas de una vida* (Ediciones Temas de Hoy, Madrid, 1990) de la que extraeremos varios pasajes.

Nuestro personaje nació en Valencia, el 12 de junio de 1921. Contrariamente a lo que cabría imaginar en alguien que ha despertado tanto entusiasmo entre los progresistas, procedía de una familia de terratenientes de Camporrobles. Como se especifica en la obra citada: «la familia ejercía ese poder económico que la burguesía terrateniente y campesina del siglo XIX tenía sobre cosas y personas». Con su abuelo se inició la participación de la familia en la política, inicialmente en el Partido Liberal de Sagasta, siendo su antepasado diputado en las Cortes de Madrid y también presidente de la Diputación de Valencia. El padre heredó prácticamente su posición política. Por parte de madre, los orígenes eran más humildes, inmigrantes de Teruel establecidos en Valencia, pero que progresaron mucho (su tío materno llegó a ser presidente de la Caja de Ahorros de Valencia). Luis García-Berlanga Martí era lo que en la izquierda se define como un señorito.

En cuanto a su padre, desde la militancia original en el Partido Liberal, pasaría al Partido Radical de Lerroux y, más tarde, a Unión Republicana, el pequeño partido de izquierda burguesa de Martínez Barrios. Este partido fue uno de los que se integró en el Frente Popular, constituyendo su ala más a la derecha. Muchos de sus militantes no tardaron en comprender el error que habían cometido al integrarse en esa alianza política. El mismo García-Berlanga contaba a Gómez en el libro citado: «Y así fue que cuando llegó 1936 mi padre estaba en Unión Republicana, en el Frente Popular. Pero resultaba que era muy perseguido por determinadas facciones de la ultraizquierda, concretamente por aquellos con los que más simpatizaba yo, los anarquistas, a causa de no recuerdo qué follones en Utiel y en Requena, por lo que no le quedó más remedio que huir de Valencia para salvarse de la persecución. Y se fue a Tánger, donde

vivió un año, hasta que le detuvieron los nacionales» (Pág. 94). Es un detalle de suma importancia, porque nos revela que si el padre fue víctima «de los nacionales», antes lo había sido de los frentepopulistas. Anotemos al paso que el «no sé qué follones» no era ni más ni menos que el afán de los anarquistas por erradicar a los terratenientes, y que si su padre se había refugiado en Tánger, ciudad internacional, difícilmente pudo ser detenido antes de 1940, ya que fue ese año cuando el enclave fue ocupado por las tropas franquistas.

García-Berlanga afirmó que su decisión de alistarse en la División Azul vino motivada en buena parte por sus amistades juveniles: «la mayor parte de nosotros éramos hijos de gente muy vinculada al poder en Valencia» le declaraba a Gómez Rufo. Tuvo algunos amigos anarquistas, pero «frente a esta minoría de amigos anarquistas, la mayor parte de ellos pertenecían a la Falange, falangistas algunos de ellos muy antifranquistas, hasta tal punto que entre bromas y veras hablaron incluso de preparar un atentado contra Franco» (Págs. 108-109). Hay que tener en cuenta que el impulso que generó la División Azul procedió exactamente del sector de Falange más a disgusto con la evolución conservadora que estaba registrando el régimen de Franco.

A García-Berlanga le costaba mucho reconocer que hubiera sido admirador y seguidor de José Antonio Primo de Rivera, pero aun así contó a Gómez Rufo lo siguiente: «Yo, antes de la guerra, me inventé una especie de simpatía política por una utopía que venía narrada por mi padre. Mi padre me contaba que por lo que él sabía en base a lo oído en los pasillos de las Cortes, los dos amigos que más se querían y más se admiraban entre todos los políticos que había en las Cortes eran Indalecio Prieto y José Antonio Primo de Rivera. Aquello coincidió con que los periódicos llegaron a publicar que había un intento por parte de José Antonio (y no solo los periódicos, a mí me lo contó gente como Amor Salvador, el político de Logroño que era diputado y amigo de mi padre, y que venía muchas veces a veces a Valencia, y también se lo oí a Martínez Barrios, que vino una vez a la finca de mi padre a una cacería, sin que Indalecio le dijera que sí) de crear una especie de frente nacional socialista español sindicalista. En fin, que hubo conversaciones, y alguna de ellas en Cuenca, que era el único sitio donde en el 36 se tenía que hacer una segunda vuelta. A las elecciones se presentó José Antonio, y también pretendían hacerlo con Francisco Franco; la derecha quería presentar a Franco, y José Antonio se presentó como falangista. José Antonio era un enemigo feroz de Franco. Bueno, el caso es que José Antonio tenía que ir a Cuenca. Mi padre me contó que hubo reuniones secretas entre José Antonio y Ángel Pestaña, que era el presidente del Partido Sindicalista, y que detrás de ellos estaban los contactos que a su vez José Antonio tenía con Indalecio Prieto, para intentar separar a Prieto del largocaballerismo que dominaba en aquel momento en el socialismo» (Págs. 109-110).

Cualquiera que conozca con cierto detalle esta época cae enseguida en la cuenta de que toda esta explicación es una elaboración a posteriori para tratar de justificar su militancia falangista, dándole el tono más izquierdista posible. García-Berlanga intentaba presentarse como antifranquista desde antes de que Franco fuera elevado al poder. Los hechos históricos son muy distintos a como García-Berlanga los narra a su biógrafo y desde luego causa sorpresa el ver que alguien que dice machaconamente que con quien en realidad simpatizaba era con los anarquistas, diga a la vez que prefería a Prieto en vez de a Largo Caballero. Esta reelaboración del pasado no tiene otra justificación que la de dar a su paso por Falange un contenido netamente antifranquista. En cualquier caso, García-Berlanga repetía ante su biógrafo que en su juventud detestaba a gente como Azaña y Gil Robles. «En cambio me gustaba la personalidad de Prieto y esa otra personalidad acompañada de un aura de violencia, de romanticismo, de José Antonio Primo de Rivera. Y luego los anarquistas», le decía a Gómez Rufo, añadiendo que finalmente se decantaría en su vida por el anarquismo, en cuanto que «libertad total y absoluta, que es lo que a mí me gustaba. Esa concepción de la libertad era difícil conciliarla con el falangismo de mis amigos, con esa especie de respeto personal que yo tenía por José Antonio Primo de Rivera y por Ramiro Ledesma Ramos» (Pág. 110). Aunque en su madurez García-Berlanga derivó a lo que él llama «anarquismo» (una visión del anarquismo que los ácratas genuinos definirían más bien como inclinación al libertinaje, por cierto) la realidad es que en su juventud estuvo identificado con el nacional-sindicalismo, con Falange, con José Antonio Primo de Rivera. Cuando trata de achacarlo a la «influencia de sus amigos», uno no puede dejar de sonreír: es el mismo argumento de las madres que dicen que sus hijos son buenos, y si se echan a perder, es por culpa de los amigos.

García-Berlanga elude dar detalles de su afiliación a Falange y al SEU, y se limita a decirle a su biógrafo: «Me echaron del SEU porque yo me ponía en los desfiles una camiseta de manga larga debajo de la remangada camisa azul, para miserabilizar la marcialidad y todas esas cosas» (Pág. 53). La realidad, como hemos visto, es que el SEU le concedió su premio literario Luis Fuster por un texto abiertamente marcial. Pero «Fragmentos de una primavera» no fue la única incursión de García-Berlanga en la literatura. De hecho, esa parece haber sido su primera vocación artística (llegó a presentarse a algún premio literario, como el Adonais, de poesía; y junto a un amigo falangista, José Luis Colina, editó una revista de poesía, *Perfil, Revista de Contornos*).

En la obra de Gómez Rufo, *Berlanga, contra el poder y la gloria*, Berlanga habla de José Luis Colina como un gran escritor malogrado por su militancia política y dice que fue director del periódico de Falange en Cuenca (*Ofensiva*), editorialista del *Arriba*, y ocupó importantes cargos en TVE (Pág. 145). Durante la guerra civil, había sido el amigo más íntimo de García-Berlanga en la Valencia de la retaguardia frentepopulista (Pág. 107). Volveremos sobre el personaje. Sigamos con los inicios de

la frustrada carrera literaria de García-Berlanga. En una publicación falangista, del SEU, que llevaba el inequívoco título de *Acción* (la misma donde se publicó en primera instancia el texto «Fragmentos de una primavera»), publicó un soneto con nombre también revelador: «Soneto de la pistola». En la biografía que estamos usando en este artículo (pág. 124) se reproducen los dos primeros versos:

Contigo inauguramos en la esquina un mirador dulcísimo a la muerte...

No parece aventurado imaginar que el soneto en su conjunto debía ser una exaltación del activismo político que no rechaza el recurso a la violencia, en línea con la «suprema dialéctica de los puños y las pistolas» de la que hablara José Antonio Primo de Rivera.

El texto «Fragmentos de una primavera», o este «Soneto de la pistola», permiten afirmar que el joven García-Berlanga comulgaba con los valores de heroísmo y sacrificio hasta la muerte que eran la tónica entre los jóvenes falangistas de la época. Valores, es evidente, de los que García-Berlanga se distanciaría posteriormente. Pero valores, en definitiva, que estuvieron sin duda en la raíz de su decisión de alistarse en la División Azul. Hay que hacer constar que no era la primera experiencia militar de García-Berlanga. En los últimos meses de la guerra civil fue movilizado para servir en el Ejército Popular, donde según su testimonio sirvió en un botiquín en retaguardia.

El paso de García-Berlanga por la División Azul es un tema que aparecía en casi todas las entrevistas que se le realizaban, en lo que se escribía sobre él. Y con motivo de su muerte ha sido evocado por casi todos los autores de las notas necrológicas. Conocemos, por tanto, cual es la «versión» que se ha consagrado sobre el tema: que se alistó para salvar la vida de su padre, aunque en algunos casos se matiza con otras afirmaciones: que por influencia de sus amigos falangistas, que para llamar la atención de una chica de la que estaba enamorado, etc. En la biografía que le dedicó Gómez Rufo, el tema se aborda en un corto capítulo específico («La División Azul», págs. 113 a 119). Ya se ha señalado que la sañuda persecución de la que había sido víctima su familia por los radicales del Frente Popular (su padre, huyendo ante el intento de asesinarlo; su caserón en sus tierras, arrasado y saqueado) es un dato que García-Berlanga compartía con un elevado porcentaje de quienes se alistaron en la División Azul. Sin duda es cierto que su padre estuvo condenado por las autoridades del nuevo régimen, pero no es menos cierto que quienes más cerca estuvieron de acabar con su vida (y con su hacienda...) fueron los frentepopulistas, ¡pese a que lo habían elegido como diputado! Una muestra elocuente del desvarío que supuso aquel periodo negro de la historia de España.

Otro motivo de su alistamiento era su bien evidente alineamiento con los postulados falangistas a principios de los años cuarenta, reflejado en los textos que

publicó y conocemos. Ambos datos desmienten los tópicos sobre los motivos del alistamiento. Igual que los desmiente tajantemente la «recomendación» que para alistarse en la División Azul le expidió el jefe de Falange en Valencia, Salvador Tomás Agulles, donde se leía: «El camarada Luis García-Berlanga Martí, perteneciente al SEU de Valencia, está considerado por esta Jefatura Provincial persona afecta y entusiasta, e idónea por lo tanto para poder marchar a luchar contra el comunismo. Por Dios, por España y por su Revolución Nacional Sindicalista». Este párrafo está al alcance de cualquiera en el Expediente Individual de Luis García-Berlanga en el Archivo Militar de Ávila.

Pero hay otros tópicos: los relativos a cómo vivió la campaña. En el capítulo indicado, García-Berlanga gusta de presentarse como un auténtico antihéroe, soldado desastrado y sin espíritu de lucha, en coherencia con la imagen que de sí mismo cultivaría. Sin embargo, la verdad es que hay testimonios que nos presentan una realidad muy distinta. Uno de sus compañeros en Rusia, el artillero manchego Ramón Pérez Caballero, me ha contado numerosos detalles sobre su servicio en la 4ª Batería del Regimiento de Artillería 250º y entre ellos, numerosas referencias a su camarada García-Berlanga. Lo conoció bien, porque Ramón ocupaba el puesto de cargador de la pieza en la que García-Berlanga tenía plaza de segundo artificiero. Dicho en lenguaje menos críptico para los poco versados en los secretos de la artillería: García-Berlanga era la persona que le pasaba a Pérez Caballero los proyectiles que este introducía en el tubo del cañón... y que segundos después caerían sobre las líneas rusas. Lo subrayo porque García-Berlanga siempre afirmaba enfáticamente que él jamás había disparado un fusil contra un enemigo... y es cierto: lo que les lanzaba eran cañonazos. Contaba Ramón Pérez Caballero que a él, genuino manchego de Ciudad Real, le costaba sintonizar con otros camaradas de la Batería que procedían de otras regiones, especialmente con catalanes y valencianos, pero siempre hacía dos excepciones, la del catalán Luis Romero, que después se convertiría en un gran escritor, y la del valenciano Luis García-Berlanga, destinado a la gloria como director de cine. La muy bien amueblada cabeza de Ramón Pérez Caballero le permitió trasmitirme vívidos recuerdos, en los que García-Berlanga aparecía como un excelente compañero de armas y un falangista al cien por cien, una realidad muy distinta a la que después el cineasta se empeñó en hacernos creer. Sí hay un punto en el que los recuerdos de Pérez Caballero coinciden con lo que García-Berlanga anota: su absoluto desinterés por la higiene personal... García-Berlanga no se recató de contar con detalle a Gómez Rufo que un teniente de su Batería, Roque Pro Alonso, había llegado a dar orden de que lo tiraran al Voljov porque fue el primero de su unidad en coger piojos.

En sus conversaciones con Gómez-Rufo, García-Berlanga identifica al camarada valenciano que le inspiró el relato «Fragmentos de una primavera» como Eduardo Molero. En los listados de caídos elaborados por la Fundación División Azul se le atribuye el nombre de Daniel, y como segundo apellido da el de Fernández, pero

indudablemente es la misma persona —hay pequeños errores de detalle en los listados originales elaborados en Rusia—, ya que coinciden la unidad, las fechas y el lugar de enterramiento (8ª Batería, 7 de julio de 1942 y cementerio de Motorowo). La muerte de Molero causó un impacto especial en la Batería. El ya citado Ramón Pérez Caballero, en un emotivo libro que escribió y editó privadamente, «Vivencias y Recuerdos. Rusia, 1941-1943», lo evocaba así: «Molero era un muchacho valenciano universitario y simpático, querido de todos. Fue el primer muerto de la Batería (...) Al demolerse la torre donde estaba observando los movimientos del enemigo, por un obús, por impacto directo, quedó muerto al instante y encima de todos los escombros y ladrillos derrumbados».

García-Berlanga regresó, ya se ha dicho, en julio de 1942, fecha en que partieron con destino a España el 3º y 4º Batallones de Repatriación. A su regreso le tocó presentarse en un cuartel a hacer la mili, pese a que había estado en la División Azul, e incluso más tarde, ya licenciado, fue vuelto a movilizar, según él, «por el asunto de los maquis» (págs.. 120 a 122 del libro de Gómez Rufo). Una prueba más del tipo de privilegios que obtenían los veteranos de la División Azul.

Como cabe imaginar, el biógrafo de García-Berlanga recoge en su libro los denuestos que el cineasta lanzó contra estas dos nuevas fases de su vida militar. Sí, es muy posible que le irritara volver a vestir de caqui y a pisar los cuarteles, pero el Expediente de García-Berlanga en Ávila también refleja que el 27 de octubre de 1942 había solicitado oficialmente que se le concediera la condecoración conocida como Medalla del Invierno 1941-1942, instituida por el Alto Mando alemán para premiar a los que habían combatido en Rusia el espantoso primer invierno de aquella terrible campaña. Años después, el cineasta alardeaba de sus colecciones de fetiches sexuales... pero en 1942 lo que reclamaba poseer era una condecoración militar alemana (que sin duda merecía sobradamente, por otra parte).

En 1951 García-Berlanga entraba de pleno en el mundo del cine con *Esa pareja feliz*, formando equipo con Juan Antonio Bardem. Dada la indudable caracterización de este último como militante comunista, hay muchos que creen que a partir de ese momento empieza una deriva hacia la izquierda. Bardem intentó desde luego adoctrinarlo en la ortodoxia marxista. Gómez Rufo recoge en su libro (Pág. 37) un texto donde Bardem confiesa que sin embargo, pese a poner en ello todo su empeño en el año 1950, nunca logró convencer a García-Berlanga de las bondades del marxismo. Como a él mismo le gustaba repetir, para los de derechas se convertiría en un «rojo», mientras que para los de izquierdas siempre sería «un hombre de derechas».

Es evidente que Berlanga tuvo amigos de militancia falangista, o que habían pasado por la División Azul, muy bien situados. Entre los personajes que nombra en sus recuerdos ante Gómez Rufo, José Luis Colina Jiménez es uno de ellos, subrayando la amistad que les unía. Ya vimos algunos datos sobre él. Madrileño de nacimiento, se

crio en Valencia, para regresar a la capital de España en 1941. Otros datos importantes: estudio en el Instituto de Investigaciones y Experiencias Cinematográficas (1951-1953). Y había sido corresponsal en Roma. Tras una larga colaboración en Radio Nacional de España, en 1956 fue nombrado director de programas de la naciente TVE. Fue miembro del Consejo Nacional de la Prensa, a partir de 1966. Si no fuese porque sabemos que la memoria de García-Berlanga es muy selectiva, nos debería sorprender que, al hablar de él a Gómez Rufo, no citara extensamente su prolífica faceta de guionista de cine. Estas son las películas de las fue guionista o coguionista. En 1952 *La Hermana San Sulpicio*, *Gloria Mairena* y *Cerca de la ciudad*; en 1953, *Jeromín*, *Aeropuerto*, *Así es Madrid* y *Doña Francisquita*; en 1954, *La pícara molinera*, *Morena Clara*, *El torero* y *Novio a la vista* (con García-Berlanga compartiendo con él la tarea de guionista); en 1955, *Congreso en Sevilla*, *La lupa*, *La Fierecilla Domada*, y *La Hermana Alegría*; en 1956, *El Piyayo*, *Dos novias para un torero*, *La vida en un bloc*, *Esta voz es una mina*. En 1957 fue el guionista de una de las películas de García-Berlanga, *Los jueves, milagro*. Y en 1958 García-Berlanga y él firmaron como coautores el guión de *Familia provisional*. En 1959 firmó el guion de *Las dos y media... y veneno*. Y en 1961 los de *Ha llegado un ángel*, *Placido* (dirigida por García-Berlanga) y *Trampa para Catalina* (dirigida por otro antiguo combatiente de la División Azul, el catalán Pedro Lazaga). Otros guiones suyos con los de *El sol en el espejo*, *Las estrellas*, *Rocío de la Mancha*, *Tómbola*, *¿Dónde pongo este muerto?* (todas de 1962), *La novicia rebelde* (1971) y *Entre dos amores*. Hasta sus muerte en 1997 fue amigo íntimo de García-Berlanga, y era muy usual verlos juntos en el fútbol apoyando al equipo del que eran hinchas, el Valencia.

Mucho más fugazmente cita García-Berlanga a su biógrafo Gómez Rufo a quien fue su teniente en Rusia, Roque Pro Alonso, diciendo, como si de una casualidad se tratara, que volvió a coincidir con él en una cena homenaje que se le dio, tras haber recibido por vez primera un premio por un guion cinematográfico, dado que su antiguo teniente tenía a la sazón un alto cargo en el Sindicato del Espectáculo. Roque Pro Alonso, un salmantino nacido en 1912, era un joven estudiante que en 1936 se unió al alzamiento como voluntario; seleccionado para los cursos de alférez provisional de artillería, al acabar la guerra civil siguió en el ejército y como teniente marchó a Rusia. De su valor como soldado dan muestra sus tres Cruces de Guerra y dos Cruces Rojas. Abandonó el ejército ya como comandante y ocupó importantes cargos en los sindicatos franquistas con rango de inspector general, y en las Cortes como vicepresidente de la Comisión de Trabajo. En 1962 sucedió a otro miembro de la División Azul, José María Revuelta, en el cargo de director general de radio y televisión en el Ministerio de Información y Turismo. En la obra de Jordi Gracia García y Miguel Ángel Ruiz Carnicer, *La España de Franco (1939- 1975. Cultura y vida cotidiana* (Editorial Síntesis, Madrid 2001) se subraya (pág. 298) que los directores de radiodifusión y televisión fueron siempre de procedencia falangista,

como Jesús Suevos y José María Revuelta, o «nítidamente franquistas» citando específicamente a Roque Pro, a quien califica sin más como «militar de carrera», ignorando al parecer que había sido un joven alzado contra el Frente Popular y voluntario en la División Azul. Otro personaje citado fugazmente por García-Berlanga a Gómez Rufo, como amigo falangista de su juventud, y con el que siguió manteniendo una buena relación, es José Rodríguez Lapuente, director de una importante agencia de publicidad... y sin citar que era otro destacado divisionario (de hecho, fue el presidente de la Hermandad de la División Azul de Valencia hasta su muerte).

Lo que desaparece completamente de la narración que García-Berlanga hace a Gómez Rufo de su vida es su estrecho contacto durante muchos años con otros camaradas de la División Azul. Y, sin embargo, hay huellas y evidencias de ese contacto. En Barcelona se editó durante muchos años una excelente revista bautizada como *Hermandad*, órgano de expresión de la Hermandad de la División Azul de Barcelona y, de hecho, órgano oficioso de los divisionarios de toda España. Durante muchos años, su última página incluía una especie de «galería de divisionarios ilustres», con retratos en plumilla realizados por un veterano de la División, Mario Triviño. Si se coteja la colección, se ve que en esa especie de «galería» no aparecen las figuras «históricas» (generales, oficiales, héroes condecorados, etc.) sino aquellos divisionarios que destacaban en lo que podríamos llamar «vida divisionaria». En el número 19º (2ª época) de *Hermandad*, aparecido en marzo de 1961, el honor de ser retratados le correspondió al padre Conrado Simonsen, un capuchino alemán que había servido en la División Azul y mantenía excelentes relaciones con sus antiguos camaradas españoles, a Ángel Fernández Picón, a José María Gutiérrez del Castillo (en su día alto responsable del SEU y soldado raso en la División Azul) y... a Luis García-Berlanga. Muchos divisionarios estaban muy orgullosos por entonces de que su camarada hubiera llegado tan lejos en el mundo del cine. Su película, *Bienvenido Mr. Marshall*, había sido acogida como una acertada crítica de la deriva del régimen de Franco hacia la órbita norteamericana (algo que los falangistas más ortodoxos repudiaban). Y además, por esas fechas desde luego García-Berlanga no le hacía ascos a codearse con sus viejos camaradas. Sí, el trago de que su padre estuviera encarcelado debió ser amargo. Pero el régimen franquista nunca tocó ni un céntimo de la fortuna familiar de los García-Berlanga, de manera que con su herencia pudo adquirir un soberbio chalet en la zona más exclusiva de Madrid, amén de seguir disfrutando de sus tierras en Valencia.

De la «buena prensa» que tuvo durante mucho tiempo Luis García-Berlanga en los ambientes falangistas y divisionarios encontramos una huella evidente en una obra muy significativa: *La rebelión de los estudiantes*, del falangista, y también veterano de la División Azul, David Jato Miranda. Se trata de una historia del Sindicato Español Universitario (SEU), la más importante de las organizaciones falangistas. En la

primera edición de esta obra (Editorial CIES, Madrid 1953) no se cita a García-Berlanga, pero sí en la segunda, de 1967, muy ampliada con respecto a la original. Hablando sobre las grandes aportaciones del SEU a la cultura española, en la página 462, Jato escribe: «El cine sería remozado por Juan Antonio Bardem, estudiante de Agrónomos, encuadrado en San Sebastián durante la guerra en la organización juvenil falangista, y Luis Berlanga, combatiente en la División Azul».

¿Sorprendente que en 1967 Jato aún catalogara a García-Berlanga como «seuista» y divisionario? Pues no es desde luego una opinión caprichosa de David Jato. En su obra *El Sindicato Español Universitario (SEU), 1939-1965* (Siglo XXI de España, Madrid, 1996), Miguel A. Ruiz Carnicer nos informan detenidamente sobre como dentro del SEU se fraguó una corriente muy crítica hacia el cine español del momento, demasiado inspirado en la comedia convencional norteamericana. En la página 461, leemos: «Es importante recalcar que esta iniciativa está indisolublemente ligada a la obra de los cine-clubes del SEU y a otros hombres —jóvenes— del cine que en algún momento habían estado más o menos ligados al sindicato o a su sección cinematográfica. Algunos de ellos iban a ser protagonistas de la renovación cinematográfica de los últimos años cincuenta y sesenta. El órgano de expresión de este grupo sería la revista del cine-club del SEU de Salamanca, *Cinema Universitario* (...) La revista reseñaba las más notables novedades del cine mundial, y especialmente del neorrealista italiano, al que se toma como referencia. Buñuel, Bardem y Berlanga serán puntos de referencia». Que esta y otras publicaciones del SEU acabaran controladas por disidentes, cuando no enemigos políticos del régimen franquista, es ya sabido. Pero eso no permite olvidar quién la patrocinaba y editaba, y explica que García-Berlanga siguiese pareciendo a ojos de muchos «un hombre del SEU». La caracterización que hace Jato de Berlanga como divisionario no es intrascendente. Vale la pena recordar que en la segunda parte de los años cuarenta fue responsable del Sindicato del Espectáculo (que encuadraba entre sus actividades el cine) y debía saber de qué hablaba.

Con todo, la imagen que acabó consolidándose fue la de que García-Berlanga era un hombre de izquierdas. Muchos años después de haber regresado de Rusia, su viejo camarada Ramón Pérez Caballero se lo encontró un día en un restaurante madrileño. Fue un encuentro efusivo. García-Berlanga le dijo que habían cometido un «crimen imperdonable». «¿Cuál?» —le preguntó Ramón—. A lo que el cineasta le respondió: «Que con todos los años que han pasado los veteranos de la batería no nos hayamos reunido a comer ni una sola vez»... Ramón desdramatizó el tema diciéndole que sin duda ese era el caso de los veteranos de muchas compañías y baterías, pero García-Berlanga insistió en que lo consideraba una verdadera vergüenza. Ya entrados en confidencias, Ramón no se recató de preguntarle cómo era posible que ahora hiciera un cine tan de izquierdas. La respuesta de Luis García-Berlanga, que a Ramón

Pérez se le quedó grabada, fue que «o hacía esas películas o se quedaba sin trabajo». ¿Tan grande era la hegemonía de la izquierda en el mundo del espectáculo incluso durante el franquismo? Parece ser que sí. Con motivo de la muerte, fueron innumerables las notas necrológicas que se le dedicaron. Alguna son muy llamativas como la firmada por Santiago Navajas en *Libertad Digital* el 13 de noviembre de 2010.

En el 2006 tuve la oportunidad de estrechar la mano de don Luis García-Berlanga. Participaba el cineasta, dentro del Congreso de Historia del Cine, como testigo de las que fueron las conversaciones de Salamanca de hace cincuenta años. Fue un placer escuchar de nuevo al viejo e insobornable director valenciano. De talante individualista y escéptico, nos contó cómo había conseguido burlar con humor y astucia la doble censura que en la España de la posguerra asolaba el panorama cinematográfico español: la franquista, claro, y ¡la comunista! Inmediatamente después de su intervención tuvo que torear el aquelarre comunista que algunos de los asistentes al congreso, profesores universitarios de rancias querencias en la extrema izquierda, le organizaron. Mi admiración por el viejo maestro alcanzó niveles galácticos.

Tras las divertidas e informativas charlas de Manuel Rabanal y Eduardo Ducay intervinieron Luis García Berlanga y el crítico Miguel Rubio. Luis García Berlanga estuvo como siempre: dicharachero, ocurrente y entrañable. Contó que fue a Salamanca con Fernán Gómez. Se perdieron y pararon en un pueblecito. Se bajó Fernán Gómez y a voz en grito se dirigió a los allí presentes al grito de «¡Oye, cazurros!». Y claro, los cazurros que no estaban habituados a los modales extremos del actor casi los linchan.

Pero también allí, en la misma filmoteca y delante de nuestras narices, tuvo lugar un intento de linchamiento cuando García Berlanga insinuó que la reunión de Salamanca había sido organizada por los comunistas. En la sala de la filmoteca comenzaron los resoplidos contra él. Posteriormente el crítico Miguel Rubio denominó la dominación cultural de los comunistas en aquel periodo franquista como «una dictadura dentro de una dictadura». Los resoplidos se convirtieron en bufidos de algún cazurro académico. En el turno de intervenciones del público, los bufidos se convirtieron en gritos de los que protestaban de la «mancha» que se intentaba echar sobre el glorioso pasado de los comunistas, los únicos que hacían algo contra Franco.

Berlanga hizo ver, de nuevo genial y demostrando una rapidez mental increíble y una ironía a prueba de zarpazos, que en realidad su adscripción de la responsabilidad de la reunión de Salamanca a los comunistas era un piropo, y una crítica implícita a los socialistas que no hacían nada, al menos en la Universidad. El historiador **Perucha**, que presidía la mesa, fue más lejos y caracterizó a la participación comunista como «conspiración» y de estar dirigida desde la Komintern. Además

Bardem, que fue la cabeza visible del célebre diagnóstico de los cinco puntos, fue duramente criticado por sus modos estalinistas y sus ansias de gloria (soñaba, como buen antiamericano, con conseguir el Óscar).

Posteriormente Berlanga relató cómo la mafia comunista que actuaba dentro del franquismo, la dictadura dentro de la dictadura, le impidió trabajar durante seis años en España, saboteando sus proyectos, además de someterlo a un acoso terrible, llegando a influir en los responsable del Festival de Cannes que le dieron literalmente la espalda cuando Berlanga se dirigía a ellos para saludarlos.

Luis García Berlanga ha muerto pero su cine sigue tan vigente como cuando se estrenó (...) Enamorado de su sentimentalismo cero y su sensibilidad infinita, de su humor corrosivo que dejaba intacta una esencia de ternura y compasión por el sufriente animal humano me permito decir: Luis García Berlanga ha muerto. ¡Viva el cine!

Y es que, en definitiva, García-Berlanga era eso, «berlanguiano», y por tanto difícilmente clasificable dentro de los parámetros ideológicos normales.

En 1993 tuve ocasión de asistir a la Asamblea Nacional de las Hermandades de la División Azul, que se realizó en un céntrico hotel valenciano. Al regresar de una pequeña escapada de las sesiones para tomar café, me crucé con García-Berlanga. Y al entrar en el hotel me di de bruces con **Luis Nieto**, presidente de la Hermandad Nacional de la División, que charlaba con Rodríguez Lapuente, presidente la hermandad valenciana. No pude evitar el comentarles que me había cruzado con García-Berlanga. Conociendo a Luis Nieto, de un carácter exaltado e impulsivo, no sé por qué imaginé que se dispararía a lanzarle descalificaciones: «traidor», «chaquetero»... cosas por el estilo. En vez de eso, lo que me dijo Luis Nieto fue que García-Berlanga era amigo suyo, y que muchas veces les había prometido que deseaba hacer una gran película sobre la División Azul. Me quedé sorprendido de que tuviera esa amistad con él. Intervino también Rodríguez Lapuente, ratificando las palabras de Luis Nieto (en ese momento yo ignoraba completamente que él y García-Berlanga habían sido amigos desde la juventud).

Luis García-Berlanga nunca hizo esa película. Pero, en cambio, en cada documental que intervenía, en cada entrevista que se le hacía, al hablar de la División Azul, volvía a repetir los mismos tópicos: que si marchó a Rusia para salvar a su padre, que si por enamorar a una chica... El año 2001, en una entrevista en el diario valenciano *Las Provincias*, llegó a afirmar que «casi todos los que fuimos a Rusia buscábamos una recompensa». Aquello acabó colmando la paciencia de varios de sus excamaradas, y dos destacados exponentes de la Hermandad de la División Azul valenciana, Benito Sáez González-Elipe y Miguel Oltra Enguix, ya no pudieron contenerse más: «Muchos de nosotros —le decían— no pudimos rescatar a nuestros padres, porque habían sido masacrados en nuestra guerra de liberación por la horda

roja». Y lo que más les molestó es que García-Berlanga pretendiera decir que su versión personal de los motivos que le llevaron a alistarse eran los comunes entre los divisionarios: «No puedes hablar generalizando a tu antojo en nombre de «casi todos» los cerca de cincuenta mil voluntarios que integramos la División Azul».

El problema era aún más grave de lo que denunciaban sus antiguos camaradas valencianos. En realidad, a lo que Luis García-Berlanga Martí no tenía derecho era a mentir sobre su propia historia. La vida es larga. Las ideas que profesamos con entusiasmo con veinte años pueden ser muy distintas a las que tenemos en nuestra madurez. Es normal, es humano, es legítimo. García-Berlanga podía haber contado que había perdido toda su fe en las ideas que le llevaron a Rusia a combatir contra el comunismo. Juzgar como erróneo el paso que dio. Afirmar que si volviera a nacer, no repetiría ese camino. No han sido ni uno ni dos, sino bastantes más, los divisionarios que han hecho algo análogo. Pero cada uno debe asumir su historia, no deformarla, ni inventarla.

Qué duda cabe que García-Berlanga era un hombre de una imaginación prodigiosa. De no haberla tenido, no hubiera sido un director tan genial como fue. Además, la memoria es a veces instintivamente selectiva, es tan «mentirosa» que a menudo nos engaña a nosotros mismos, haciéndonos recordar el pasado de una manera distinta a como fue. Pero la historia es otra cosa. Y lo que la historia nos puede decir sobre las razones de García-Berlanga para servir en la División Azul es algo muy distinto a lo que contó por activa y por pasiva; la verdad es que, como la inmensa mayoría de sus miembros, se alistó en ella como ardoroso falangista, compartiendo los valores de Eduardo Molero, caído en Rusia en julio de 1942, y que el mismo Luis García-Berlanga Martí nos transmitió en «Fragmentos de una primavera».

10

Aleluyas a la Resurrección del Señor

Rafael Sánchez Mazas

Cuando yo vine, ya estabas arriba,
Rey celestial, en tu corte festiva.

Gran Capitán de la cruz levantada
y al frente ya de tu hueste dorada.

Firme en el puño sobre la blanca bandera,
Emperador de la paz duradera.

Sobre la trágica noche de duelo,

gran forzador de la puerta del cielo.

Mi «Jaungoica», Señor de lo alto,
conquistador de la gloria al asalto.

Sobre la muerte, el infierno y la oscura,
tierra, Señor en el aire y la altura.

Pero yo vine en la flor de la aurora,
cuando ya era pasada tu hora.

Y abierto al aire, el sepulcro vacío,
cubierto lo hallé de reciente rocío.

Y ensangrentado y envuelto el sudario
Conmemoraba la flor del Calvario.

Ni hacer la cruz que te veía en el pan,
por lo que todos te conocerán.

Porque ni supe subir a Emaús
ni emparejé con mi Cristo Jesús.

¡Ay, cuántas veces mi culpa te niega
y en crudo llanto el dolor no me anega!

Pero aún espero, a las once del día,
desde la barca, en la pesca baldía.

¡Oír la voz, que de tierra nos manda!
«Larga el retel a estribor, por la banda».

Y con el copo, ya izado y colmado,
sentir, Señor, que otra vez me has mirado.

Y, cual Simón, cuando nadie lo espera,
ver que eres Tú quien está en la ribera.

Y que, otra vez, por mi nombre me llamas,
y me preguntas tres veces: ¿Me amas?

Y voy a ti, por el agua, cansado
–que no soy mozo, aunque mucho he nadado–.

Y junto al ascua y al frito de peces,
«Señor, te quiero», te digo tres veces.

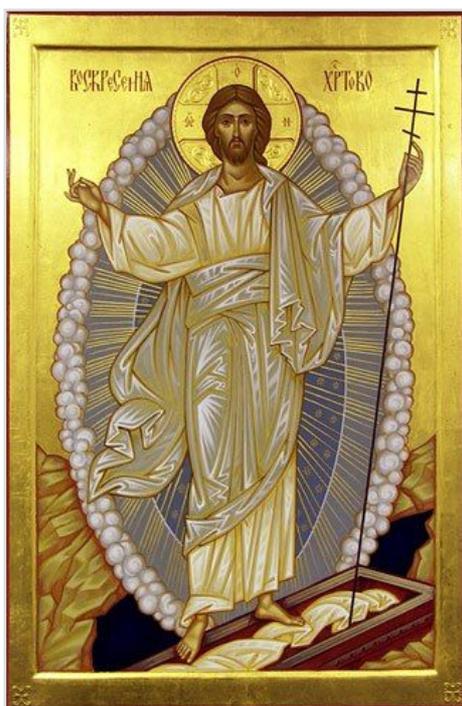
Pero aun si así, mi Señor, no te vemos,
aun por tu gracia resucitaremos.

Que te haya visto o que no te haya visto,
siempre serás mi Señor Jesucristo.

Siempre yo sé que, después de la muerte,
Rey del amor, justiciero, he de verte.

Tenme, Señor, en tu sano servicio
y que, al oír las trompetas del Juicio,
Sitio seguro a tu diestra me salga
–¡Nuestra Señora la Virgen me valga!–

¡Gloria a la Madre, que es mía y es tuya!
«¡Regina coeli, laetare, Alleluia!»



Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores. Para cualquier comunicación sobre este boletín o para recibirlo periódicamente en su buzón puede dirigirse a fundacionjoseantonio@gmail.com